

HACIA UNA MÍSTICA Y ESPIRITUALIDAD INTERRELIGIOSA

Juan Pablo García Maestro¹

EL MÍSTICO: «CREDO UT EXPERIAR»

El concepto de mística y su campo de estudio es un término que reviste oscuridad, ambigüedad y confusión. G. Scholem, en 1967 lamentaba «la infinita confusión de los estudios sobre la mística»².

Se entiende por mística «la toma de conciencia de una unión o unidad con o en algo inmensamente mayor que el yo «empírico» (Zaehner). No es, pues, extraño que la actual comprensión de la mística subraye la experiencia como su núcleo esencial. En esta línea Jean-Joseph Surin ha expresado de la forma más viva algo que es común a todos: «Vuestros discursos son tal vez verdaderos —les dice a los teólogos—, pero ese punto concreto yo lo he experimentado»³.

Por otra parte hay que afirmar que las religiones no tienen el monopolio de la relación del hombre con la realidad última, por lo que ésta pueda entrar en contacto con el hombre fuera del contexto religioso, hace notablemente difícil la identificación precisa de ese contenido.

¹ Religioso de la Orden de la Santísima Trinidad, es profesor de Teología Fundamental y de Eclesiología en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y de Teología y catequesis en el Instituto Superior «San Pío X». Es vicario parroquial de la Parroquia de San Juan Bautista de la Concepción en el barrio de Aluche (Madrid).

² Citado por Juan Martín Velasco, «El fenómeno místico en la historia y en la actualidad», en J.M. Velasco (Ed.), *La experiencia mística*, Trotta, Madrid 2004, 15-49, aquí 15.

³ *Ibid.*, p. 19.

Las experiencias místicas no son el resultado de búsquedas o esfuerzos personales. En este sentido Simone Weil la describe en estos términos: «Jesucristo mismo descendió y me tomó»⁴.

Los místicos de las diferentes tradiciones religiosas confiesan no saber más cosas sobre Dios, no disponen de nuevos contenidos conceptuales, pero después de su experiencia califican todo lo que hasta ese momento sabían como un saber de oídas en comparación con el nuevo saber, cualitativamente diferente, gracias al cual han visto y oído por ellos mismos.

Parafraseando el *credo ut intelligam*, que origina la teología, la mística surge también de la fe, pero de una fe que busca la experiencia: *credo ut experiri*, creo para llegar a la experiencia. Donde se percibe, a la vez, que la fe «tiene vocación de experiencia» (H. de Lubac). La fe necesita de experiencia y que la experiencia mística depende, vive y se alimenta de la fe.

Los movimientos surgen generalmente, en todas las tradiciones, en momentos en que el sistema religioso y las instituciones en que se encarnan padecen crisis debidas al envejecimiento y la «rutinización» de sus diferentes elementos: creencias, ritos e instituciones⁵.

En primer lugar, parecería que la situación religiosa de «eclipse de Dios» (M. Buber), de muerte de Dios, de establecimiento de una «cultura de la ausencia de Dios, no constituye el medio más propicio para el florecimiento de la mística. El hombre de nuestros días, escribía hace años el teólogo Hans Küng, no tiene oídos para el tema central de la mística, la divinización del hombre; al hombre contemporáneo sólo le interesaría su humanización. Para Küng entonces la mística carecería de toda actualidad. Sin embargo Nietzsche que proclamó la muerte de Dios dijo de sí: «Soy un místico y no creo nada»⁶. Como lo han dicho tras él, de diferentes maneras, otros muchos que se han proclamado a la vez místicos y ateos.

⁴ *Ibid.*, p. 27.

⁵ *Ibid.*, pp. 37-38.

⁶ *Ibid.*, p. 42.

Hasta hace poco tiempo, las religiones, y en Occidente el cristianismo, ejercían una especie de monopolio sobre la espiritualidad, hasta el punto de que la espiritualidad remitía casi necesariamente a la religión y apenas se concebía que se pudiera ser espiritual al margen de las religiones.

La mística de «la ausencia», de la noche, de la nada, adquiere una significación especial la figura mística probablemente más importante del cristianismo en la época moderna: santa Teresa del Niño Jesús. Basta con traer a la memoria algunas líneas autobiográficas que cuentan la historia de sus últimos meses de vida:

«Me parece que las tinieblas, apropiándose la voz de los pecadores, me dicen, burlándose de mí: Sueñas con la luz, con una patria aromada de los más suaves perfumes. Sueñas así la posesión eterna del Creador de todas estas maravillas. Crees poder salir un día de las brumas que te rodean: ¡Adelante! ¡Adelante! Gózate de la muerte que te dará, no la que tú esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada»⁷.

Y en el proceso de canonización se refieren como tuyas estas otras palabras:

«Si supiese en qué tinieblas estoy sumergida. No creo en la vida eterna. Me parece como si después de esta vida mortal no hubiese ya nada (...) Todo ha desaparecido para mí. Sólo me queda el amor»⁸.

La fe, desde la situación personal de la más completa ausencia de Dios, vivida bajo la forma de más terrible experiencia de su ausencia y, como añade el texto en el que pide a Dios permanecer sentada a la mesa llena de amargura de los no creyentes, en perfecta solidaridad con ellos.

De Simone Weil, que habiendo ella misma vivido una intensa experiencia de presencia de Dios, afirmaba, no obstante: «El contacto con las criaturas humanas nos es dado, por medio del sentido de presencia. El contacto con

⁷ Ibid., p. 49. Del original ver Obras completas, Monte Carmelo, Burgos 1980, pp. 246-248.

⁸ Ibidem.

Dios no es dado por medio del sentido de ausencia. Comparada con esta ausencia, la presencia se hace más ausente que la ausencia»⁹.

LAS RELIGIONES HAN DE ENCONTRARSE EN EL SILENCIO SUFRIENTE DE DIOS

Denis Gira, uno de los grandes especialistas en el diálogo Budismo-Cristianismo, sostiene que las religiones se van a encontrar de verdad en el «silencio»¹⁰. Cuando la religión sea menos religión y dejen que hable de verdad el Absoluto. Pero el silencio que deben tomar en serio las religiones es aquel que Dios grita y protesta contra tanto sufrimiento humano. El cristianismo cuando quiere compartir lo que entiende por mística y su espiritualidad ha de señalar que los cristianos deben ponerse debajo de la cruz. El ecumenismo de la cruz, que con tanta profundidad habló el teólogo Jürgen Moltmann. Allí donde todas las confesiones reconocen el escándalo de sus divisiones y cómo todas ellas están necesitadas de reconciliación. Reconocer de verdad que el Crucificado murió para superar los muros del odio y la división, y a hacer de todos un solo pueblo, en el que abunde la paz y la justicia.

La mística que arranca del evento de la Cruz lleva a los que se dicen cristianos a ser más humildes a la hora de dialogar con las otras religiones. Porque allí se pone al descubierto nuestras incoherencias: como la de callar ante dolor de tantos crucificados de la historia, y tantos pueblos crucificados (Ellacuría).

LAS RELIGIONES NO PUEDEN ADMITIR CUALQUIER MÍSTICA NI CUALQUIER ESPIRITUALIDAD

Cuando hablamos de diálogo interreligioso se distingue cuatro modos o formas de comprometerse en el diálogo:

⁹ Ibidem.

¹⁰ D. Gira, *El loto o la cruz. Las razones de una elección*, Ed. Milenio, Lleida 2004, p. 167.

- a) El diálogo de la vida, b) el diálogo del compromiso social; c) el de la espiritualidad; d) el diálogo teológico.

El diálogo que nosotros queremos ahondar es el tercero: el de la espiritualidad, donde las religiones comparten su oración, su forma de experimentar a Dios...

Pero en los tiempos actuales conviene situarnos en el contexto en el que vivimos. Y aquí tengo que decir que me sitúo más en el ámbito de nuestra sociedad occidental, del primer mundo, y por eso queremos conocernos mejor mirándonos en la realidad de otros pueblos: los del Continente de África, A. Latina, Asia. Permitidme una provocación: si Europa y el Primer Mundo quieren saber como anda, tiene que mirarse en esos continentes que acabo de mencionar antes.

Hace un par de siglos, con la Ilustración declaramos con cierta satisfacción que esa época marcó una nueva etapa en nuestra sociedad, es decir: la salida de un estado infantil, de no saber pensar por nosotros, pues todo procedía de una autoridad superior, a una sociedad que se atreve a pensar por sí misma. «El *sapere aude*» de Kant. Nos hemos querido sacudir de la tutela de la religión, para dar paso al nacimiento de una ética no teológica. Es la razón la que nos ayuda a saber cómo tenemos que actuar. Es la ética y no la religión la que guía los valores humanos, y cómo tenemos que crear una sociedad que se habitable para todos. Para ser buenas personas no hace falta que Dios exista. Hay que aprender a vivir como si Dios no existiera. La religión ha sido un lugar de refugio para tener a la gente alienada con el más allá. Era una forma de oprimir la burguesía a la gente pobre. La religión es una alienación, en la que los seres humanos proyectan sus mejores valores a un ser superior fuera de este mundo. Pero que este ser no es real. La religión es una mera proyección del hombre. La religión ha creado una moral de esclavos. Ha reprimido la felicidad de las personas. La religión es una neurosis obsesiva que crea en los seres humanos la dependencia de alguien a quien llaman Padre. Se refugian en él porque tienen miedo a la vida, ésta nos resulta dura. Solamente la ciencia y la liberación de la religión devolverán al ser humano su autenticidad y las grandezas que hasta

ahora había proyectado en Dios. Hay que dar el salto para que la teología se convierta en verdadera antropología. Donde el hombre sea el absoluto.

Después de haber vivido casos como el Holocausto, las terribles desigualdades en las que viven los seres humanos: ¿ha conseguido el ser humano ser más feliz y más libre?

Si la Modernidad terminó expulsando a Dios de la historia, la postmodernidad reivindica el valor y la vuelta a la religión. Hoy se da un resurgir de la religión, de la espiritualidad y de la mística. Pero ¿qué religión vuelve? ¿qué mística quiere las personas hoy? ¿Qué mística y qué espiritualidad necesita esta humanidad? ¿Qué mística y espiritualidad tiene que unir a las religiones? ¿Pueden refugiarse en místicas y espiritualidades que estén ciegas para ver la realidad sufriente? ¿No están llamadas a vivir una mística de *ojos abiertos*?

Comparto la idea de que los místicos de las distintas religiones se parecen más entre ellos, que un místico cristiano con miembros de su propia religión¹¹.

¿PUEDE AYUDARNOS LA TRADICIÓN MÍSTICA A DESCUBRIR A DIOS?

La palabra mística viene del verbo *myo*, que significa «callarse»; designa por tanto, lo secreto y por desplazamiento de sentido designa también a lo que permite acceder a ello: la iniciación. El *myste* es aquel que se inicia al «misterio», palabra que procede de «mysterion», que para los griegos designaba los cultos secretos a través de los que se intentaba acceder a la salvación.

El «misterio cristiano, en este sentido, es Cristo: oculto ya —según los Padres de la Iglesia— bajo las figuras del A. Testamento que lo anunciaban

¹¹ H. Küng, *El cristianismo y las grandes religiones*, Libros Europa, Madrid 1987, p. 217.

de forma velada, y manifestada posteriormente. La palabra se extendió después a los misterios (en plural), los sacramentos, que hacen presente a Cristo en todo tiempo. El adjetivo místico designa, según esto, la participación de los creyentes en Cristo muerto y resucitado, gracias, en particular, a las celebraciones litúrgicas¹².

¿Son realmente compatibles con la modestia y la simplicidad de la fe esas especulaciones tan trascendentes que encontramos en un buen número de místicos, como por ejemplo el maestro Eckhart?

¿No son los místicos un camino para nombrar a Dios y experimentar su presencia en nosotros puesto que fueron ellos los que consagraron su vida a la oración?

Lo que caracteriza entre las demás corrientes espirituales del cristianismo a esa que se puede calificar de «mística», es, en primer lugar, la búsqueda y la experiencia de una proximidad de Dios o, mejor, de una unión con Dios, que termina siendo una pasión. Esta unión es experimentada como algo realmente vivido: posee un carácter de pasividad y, consecuentemente, de don recibido; sacia y al mismo tiempo deja sedientos; efectivamente, ni es completa ni perdurable¹³.

En segundo lugar, esta experiencia implica, para que pueda ser vivida, un despojamiento radical en la oración (más allá de las palabras, de los pensamientos, imágenes y emociones) y una ascesis radical en la vida (liberarse de los propios deseos terrenales y, en último término, de sí mismo).

¿Conlleva la mística un conocimiento más profundo de la fe? Si nos atenemos a los aspectos extraordinarios de la mística como son: el éxtasis, las visiones, las apariciones, los estigmas etc.. tenemos que decir que un místico como Juan de la Cruz llamó la atención sobre su inutilidad, siendo, además, la fuente de los retrasos en un verdadero avance o, dicho de otra

¹² J. P. Jossua, *¿Es posible hablar de Dios?*, Ed. PPC, Madrid 2008, especialmente pp 114-115.

¹³ *Ibid.*, p. 115.

manera, sobre sus peligros. La influencia de estos aspectos extraordinarios viene y procede del neoplatonismo, incluso del platonismo. Todo depende de una idea: el alma. Y del desprecio de lo corporal. «El deseo de una unión amorosa con lo divino y algo así como una ascensión del alma hacia él»¹⁴.

En la tradición cristiana se habla de la «oración del corazón»: el corazón es aquí, en sentido bíblico, no la sede de los sentimientos, sino el centro de la voluntad de la persona, el lugar de la conversión. Practicándola sin cesar a lo largo de todo el día, se pretende simplemente la «calma». Y la calma tiene a su vez sus condiciones, por ejemplo la soledad. Además, no es buscada, sobre todo, por ella misma, sino para unirse a Dios. Pero sabemos que los Padres del desierto no abandonaron sus actividades exteriores por esta oración: trabajan con sus manos y participan en controversias teológicas. En este sentido dice Macario: «Sucede que si un hombre ocupado durante toda la jornada, quiere dedicar una hora a la oración, se encuentra de repente cogido en su interior y transportado en la oración (..) Entonces, todas las preocupaciones de las cosas de la tierra quedan sepultadas en el olvido»¹⁵.

MÍSTICA EN SITUACIÓN DE PLURALISMO RELIGIOSO

Existen dos escollos que el diálogo interreligioso debe evitar: el *dogmatismo* y el *indiferentismo*. Ningún sujeto religioso está mejor armado contra esos dos peligros que el sujeto místico. Contra el dogmatismo, porque el místico ha operado una radical relativización de todas las mediaciones que comporta la religión: creencias, ritos, prácticas, instituciones. Él ha hecho personalmente la experiencia de los servicios que puedan prestar y de su radical insuficiencia para procurar una unión con Dios, o con lo último, que se realiza en la más pura y desnuda fe amorosa, en la más absoluta confianza. Esa relativización lleva al místico a dejar a Dios por Dios, a pedirle a Dios que le libere de «su Dios»¹⁶. Nadie mejor para relativizar las

¹⁴ *Ibid.*, p. 118.

¹⁵ *Ibid.*, p. 127.

¹⁶ J. Martín Velasco, *El fenómeno místico. Estudio comparado*, Trotta, Madrid 2003², p. 471.

diferencias teológicas, rituales, éticas, institucionales, que separan y a veces enfrentan a las religiones que el místico que ha sentido la necesidad de envolver todas sus palabras en silencio; de purificar sus afirmaciones en la negación de los modos concretos de lo afirmado; y de trascender hacia una convivencia sin límites precisos lo mejor de lo afirmado sobre Dios. W. Johnston lo ha expresado con vigor: «El encuentro más profundo tendrá lugar en la esfera de la mística, en la que vamos más allá de las ideas, de los conceptos y de las imágenes, hacia un estado de amor silencioso. Aquí las personas permanecen en un estado de unión sin palabras; aquí el espíritu se encuentra con el espíritu»¹⁷.

También Th. Merton ha resaltado el valor purificador de la vía negativa: «En nuestra búsqueda de unidad en la verdad por el diálogo, podemos aproximar nuestras diferencias religiosas y comprenderlas por el camino del «no saber» y del «silencio»¹⁸.

La capacidad relativizadora de los místicos no los convierte en «anarquistas» religiosos, en cristianos sin Iglesia, en creyentes sin religión. Tal vez sea verdad, como decía E. Troeltsch, que la Iglesia no ha querido a los místicos, pero no lo es que los místicos no hayan querido a su religión, sus prácticas, sus creencias. Si algo busca en el diálogo con otros creyentes es, como decía Merton, avanzar en su propia búsqueda espiritual, compartirla y dar testimonio de ella. Por eso, una religión que pone en su centro la institución, los dogmas, los ritos está, casi por necesidad, condenada a marginar a quien vive en una institución distinta, afirma otras verdades o practica otros ritos. En cambio, una religión, como la del místico, que pone su centro en la experiencia del Misterio, sitúa a quien vive en la mejor disposición para valorar la vida religiosa, superando a la vez la tentación absolutista y exclusivista y el peligro del indiferentismo.

Le pone, además, en las mejores condiciones para relativizar las mediaciones del Misterio facilitando así el diálogo entre las diferentes religiones.

¹⁷ Citado en J. Martín Velasco, *El fenómeno místico*, p. 471.

¹⁸ Citado *ibid.*

Pero el ejercicio de la experiencia mística permite, además, captar el parentesco profundo de todas las religiones, su connaturalidad con la experiencia humana: la vida espiritual forma parte de la biología: «todos los místicos hablan el mismo lenguaje porque proceden del mismo país» (E. Underhill).

Podemos estar convencidos de que el hasta ahora dificultoso diálogo de las instituciones, las iglesias y las teologías se verá facilitado cuando los fieles de las diferentes religiones hagan intervenir en ese diálogo las experiencias interiores que las sustentan y la preocupación por la mejora y el progreso de la humanidad y las almas.

Karl Rahner, en un texto que él mismo consideraba como su posible testamento, ponía en busca de san Ignacio de Loyola la pregunta de si llegará un día a haber hombres que ya no tengan oídos para Dios, que consigan impedir al Misterio estar a su lado, ese Misterio que late en su existencia como Uno Englobante, como Abismo que origina y fin que polariza su ser.

J. H. Newman escribía que una fe sólo pasiva, heredada, acabaría entre las personas cultas en la indiferencia y entre las personas sencillas en la superstición¹⁹.

El futuro de la religión está ligado al cultivo de la dimensión mística, al desarrollo del elemento místico de la religión. El lado místico de la religión como el futuro del cristianismo.

En los años setenta se pronosticaba una desaparición de la religión, y ahora vivimos «un retorno» masivo de lo religioso, más concretamente, nos vemos sumergidos por una de misticismo. Los nuevos movimientos religiosos se los identifica con la designación de «nebulosa mister-esotérica». Se caracterizan por las prácticas esotéricas, como el tarot, la astrología....

El primer rasgo de la experiencia mística exigido tanto por la naturaleza misma de la religión, y en nuestro caso del cristianismo, como las condi-

¹⁹ Citado *Ibid.*, p. 476.

ciones de nuestro tiempo, es que sea verdaderamente mística, que se refiera de verdad al Misterio²⁰.

El fenómeno místico descansa, sin duda, en la experiencia. Pero en la experiencia del Misterio, es decir, de la realidad invisible inabarcable por el pensamiento, indomitable por el pensamiento, indomitable por el sentimiento, imposible por el deseo humano, y, sin embargo, y por eso mismo, más próximo al hombre que su propia intimidad, siempre presente en su vida y que sólo «espera» que el hombre le haga lugar por el desprendimiento de todo y de sí mismo para hacerse presente, justamente como el incomprendible y, por eso, inconfundible con cualquier otra realidad mundana.

Sólo pasando por la nada de ideas, sentimientos, estados de ánimo; por la nada de sí mismo y hasta por esa «nada de Dios» —del Dios pensado, sentido, poseído, dominado— que es la «noche» en sus últimas profundidades, se tiene acceso al todo de Dios.

El místico verdadero no puede buscar un dios a su medida, un ídolo. El fenómeno místico descansa en la experiencia, pero esta experiencia no es una alternativa a la fe, que permita prescindir de ella; es experiencia de la fe, que tiene lugar en su interior y que ejerce la misma inversión de la intencionalidad que define a la fe²¹.

La experiencia mística percibe a Dios por contado amoroso, donde se reconoce a Dios como lo único necesario, la preferencia absoluta por él, que es preferible y preferente a todo, la aceptación por una confianza incondicional de su ser y su voluntad sobre la propia vida.

Existe una forma de realizar la experiencia mística en medio de la vida, en las condiciones que comporta la vida en familia, el desarrollo de una profesión. Puede afirmarse, pues, que la experiencia mística es realizable en medio del mundo, en la vida cotidiana. Y puede afirmarse, por tanto, que

²⁰ *Ibid.*, p. 480.

²¹ *Ibid.*, p. 481.

el futuro de la religión depende de que los hombres religiosos, en concreto los cristianos, den con formas concretas de realización de esa experiencia en tales circunstancias.

San Ignacio proponía como ideal de vida ser «contemplativo en la acción». Santa Teresa que invitaba a sus hermanas a ser a la vez Marta y María: «Marta y María han de andar juntas para hospedar al Señor». Y el Maestro Eckhart, que en la forma provocadora que le es característica y para relativizar el valor de la «institución contemplativa» afirma la superioridad de Marta sobre María»²².

Para dar con el modelo de místico en medio del mundo, en el espesor de la realidad, en la vida cotidiana, en la acción, deberíamos aprender a relativizar con los místicos todas las mediaciones que nos conducen o nos ayudan a la unión. El templo no es mejor que la calle²³.

El maestro Eckhart se refiere una vez a los ejercicios de la vida espiritual como la escalera indispensable para llegar a lo alto de la unión con Dios, pero que es indispensable abandonar por el desprendimiento cuando se ha llegado al final. En los escritos budistas se utiliza la imagen de la barca, indispensable para cruzar la corriente de agua, pero que sería un estorbo conservar cuando se ha llegado a la otra orilla. Las dos imágenes expresan con la misma claridad la doctrina de la necesidad y la relatividad de los «ejercicios espirituales» para la vida religiosa²⁴.

Es propio del hombre estar habitado por una Presencia que no es «contemporánea» de la suya, que no viene a añadirse a la suya, sino que la está convocando permanentemente a la existencia, la está iluminando y la está atrayendo amorosamente hacia sí.

¿Pueden los místicos ser contemporáneos de nuestra generación? Los místicos aparecen como los que en la noche, han visto; en el más denso silen-

²² *Ibid.*, p. 483.

²³ *Ibid.*, p. 484.

²⁴ *Ibidem.*

cio, han oído. Una generación acostumbrada al silencio de Dios, familiarizado con el nihilismo tan radical que ya no suscita preguntas ni quejas; agobiada por la «insoportable levedad del ser; instalado en la cultura de la ausencia de Dios. ¿Tienen los místicos algo que decirnos? ¿Pueden ser interlocutores nuestros?

A estos interrogantes responde Martín Velasco de la siguiente manera: «Yo estoy plenamente convencido de la actualidad de los verdaderos místicos. Los mejores de ellos me parecen hermanos gemelos nuestros. Porque todos ellos han hecho la experiencia de Dios. Pero esa experiencia no tiene nada que ver con una visión luminosa, con una posesión tranquila, con una paz idílica. Su experiencia, no podemos dejar de repetirlo, ha sido la experiencia de la fe, que no es claridad ni posesión, sino nostalgia infinita, sed abrumadora, «cauterio suave», herida luminosa»²⁵.

Santa Teresa de Lisieux cuanta una experiencia de oscuridad de la fe que ella vivió y le hizo estar en sintonía con los no creyentes.

Es verdad que el místico busca a Dios con la necesidad con que la cierva busca corrientes de agua, o la tierra resaca y agostada espera la lluvia. Pero nada ilumina su marcha, más que el amor que Dios mismo ha puesto en ella. Sabe hacia dónde camina, pero sólo la sed me marca el rumbo:

«De noche iremos, de noche, que para encontrar la fuente sólo la sed nos alumbr» (San Juan de la Cruz).

Es verdad que el corazón tiene razones que la razón no tiene. Pero la razón del corazón es el deseo de infinito, el deseo infinito que él es incapaz de dominar. La razón del corazón es el vaciado de infinito que sólo en el infinito, el inabarcable, el imposable, el indominable tiene su razón de ser.

El místico se distingue por haber progresado en la noche lo suficiente para que la noche sea para él «amable como la alborada; por haberse hundido en

²⁵ *Ibid.*, 488.

ella tanto que la noche es para él otra forma de luz: *et nox illuminatio mea...*, y la noche es mi luz (Salmo 138, 11 en la versión de la Vulgata).

En ningún lugar de la historia veo realizada esta condición de la experiencia de Dios en la que culmina la experiencia mística como en la cruz de Jesucristo, en quien, para mi fe, Dios se revela de forma definitiva y por eso insuperablemente oscura²⁶.

Jesús muere clamando: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? La experiencia de desamparo del Padre, la queja a gritos por ese desamparo es la expresión, la proclamación más formidable por parte de Jesús de la conciencia, de la aceptación de la presencia del Padre; nunca más oscura; nunca más cierta; nunca más ciertamente experiencia de fe.

Por eso los místicos son, si lo son de verdad, ciertamente los contemporáneos de nuestra generación. Son, entre otros y con otros, creyentes y no creyentes, signo de la presencia de la fe. Testimonio de que también hoy y en el futuro sigue siendo posible la esperanza.

²⁶ *Ibid.*, p. 490.